



ABRIR LA PUERTA A LO INDECIBLE

Entre las peticiones del alumnado, en ocasiones, se encuentra agazapada una demanda de espacio para nombrar el dolor. Un mensaje corto, directo: *“necesito hablar yo sola”*, entre las cartas que piden mediación. Es una invención, una puerta creada por una niña.

A veces se trata de convertir las aulas en espacios seguros donde dejar brotar lo que les/no pasa. Sucede que, tras esa demanda, existe la necesidad de abordar la **muerte**. La pérdida concreta de alguien importante. Hablamos de duelos y recuerdos. De la finitud de la vida. Llanto pausado entendiendo las claves de la paradoja que implica vivir. Tocamos con los dedos el contrato que subyace al hecho mismo de nacer, que no es otro que morir.

Después, con los ojos aún enrojecidos, brotan las palabras que hilvanan un relato de vida, hecho de momentos vividos con la persona que yace ya en el corazón pequeño de la niña. La sonrisa asoma sin desplazar la pena.

Se nos acaba el tiempo, las sesiones son cortas. Acordamos una nueva cita, esta vez, con una propuesta literaria sobre la muerte.

Leemos un cuento, especialmente seleccionado para tamaña empresa, en compañía de un amigo y una amiga; esta vez ampliamos el círculo. Aprovechamos para conectar con los finales, con las personas que ya no están en nuestro cotidiano. Surge la empatía, los abrazos sinceros casi de pésame en diferido.

Aquello que está apegado a la experiencia vital, como es la muerte, nunca debería ser expulsado de la educación. Los misterios que conforman el oxímoron de la vida, con su cara fosca siempre presente al otro lado, son una fuente inagotable para hacer(se) preguntas e invitar a la reflexión y a la conexión con lo profundo de cada ser.

Hacer decible lo indecible es un proceso que se asemeja a fabricar una filigrana con hilos de vida. Como todo lo delicado, necesita grandes dosis de cuidado para dar cabida a lo más frágil que habita en cada quien. Si hablamos de criaturas, esto se multiplica exponencialmente.

Hoy, cuando salía de un aula, un niño se despidió avisando de que tenía una carta preparada porque necesita ir él solo. La puerta sigue abierta. La estela de la relación educativa ha dejado, al menos, una huella más.

Mar Celadas